

## LA SEMANA ARTISTICA

La juvenil senectud de Juan Espina :: Vila Arrufat, pintor religioso :: Mar y tierra de Vigo :: La ruta de Roma

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con el significativo impulso de una de las más nutridas votaciones de su historial, ha elegido a Juan Espina miembro de la Corporación.

Suele decirse, por los que en el fondo las codician hipócritamente y hasta las solicitan siendo rechazados, que las Academias son mortecinos asilos donde la vejez agotada se refugia y la madurez vencida se acostumbra a envejecer. Pero en el caso de Juan Espina ni esa trivial falacidad podrá repetirse. Porque no entra en la Academia de San Fernando, bajo un nombre ecoico durante más de sesenta años de vida artística española, el notorio de mediana edad para quien el sillón representa estéril reposo; adviene la más juvenil y lozana de las senectudes.

No hay octogenario de mayor impetu espiritual, ni de tan sostenido brio creador, como Juan Espina.

Desde 1865, desde 1866, hasta las horas turbulentas que ahora vivimos, esta silueta flaca que no se dobló nunca; este rostro agudo, un poco agresivo de expresión, donde las barbas borrascosamente españolas blanquearon sin ser afeitadas jamas; este chambergo rembranesco y esa parla fácil, neta y contagiosa de sinceridad que fijan la personalidad externa de Espina, figuran en las avanzadas de los disconformes.

Sus coetáneos—los Muñoz Degrain, los Domingo Marqués, los Ferrant, los Pradilla, los Villegas—han ido desapareciendo y no ciertamente jóvenes. ¿Pero no son también sus contemporáneos los disconformes de ahora, los garzones impacientes e iconoclastas de las modernas avanzadas? Címero, solitario y fuerte, sigue siendo, en medio de ellas, hito que marcha y airón que no pierde su flamco urente.

Hace cuarenta años llevó el arte de los demás a Escandinavia. Hace treinta a Rusia. Antes, luego, a Norteamérica, a Alemania, a Francia. Fuera de España, embajador del arte español. Dentro, se bate en las barricadas políticas y lucha en las encrucijadas estéticas. Funda el Círculo de Bellas Artes, la Asociación de Pintores y Escultores, los Salones de Otoño, las Agrupaciones de Grabadores. Tiene esa recia contextura proselitista y animadora de los iberos nacidos para propagar su fe íntima.

Ama la naturaleza sobre todas las cosas. Cuando aún no habían nacido los padres de los montañeros hebdomadarios actuales, ya Juan Espina pintaba las ingentes soledades del Guadarrama.

Antes que otros fué el revelador de Madrid en lo que Madrid tenía de paisaje más allá de los suburbios, demasiado próximos, de antaño.

Para expresar su emoción, para adiestrar cada día más su factual seguridad y su sensible nobleza de estilo, posee diversidad de medios: el óleo, la acuarela, el agua fuerte, la xilografía, la litografía.

Es como grabador, como la Academia le ha elegido. Pero al mismo tiempo expone en el Círculo de Bellas Artes un paisaje madrileño de cerca de tres metros y con pasmosa frescura moceril pintado.

Y cuando llegue el domingo de la recepción solemne, seguramente tendrá el maestro que hacer un sacrificio violento y doloroso para no dejar de escaparse a la Sierra, y allí, en mangas de camisa, desnudo de brazo y pierna, sentarse a copiar por millonésima vez la libre belleza campesina, tal como le vemos en esa reciente fotografía a la orilla de la laguna de Peñalara para ejemplo de jóvenes... ¡y de paisajistas!

Se atiende algo más ahora el sentimiento religioso como razón artística. Pintores y escultores tornan hacia él. Saturados de tradición o ávidos de novedad.

Uno de los mejores, Vila Arrufat, que domina bien diversas actividades, todas ellas unidas en un peculiar afán idealista.

Vila Arrufat obliga a pensar en un artífice de otrora, con la humildad artesana del oficio aprendido a conciencia y la noble arrogancia del maestro llegado sin esfuerzo a la condición didascálica.

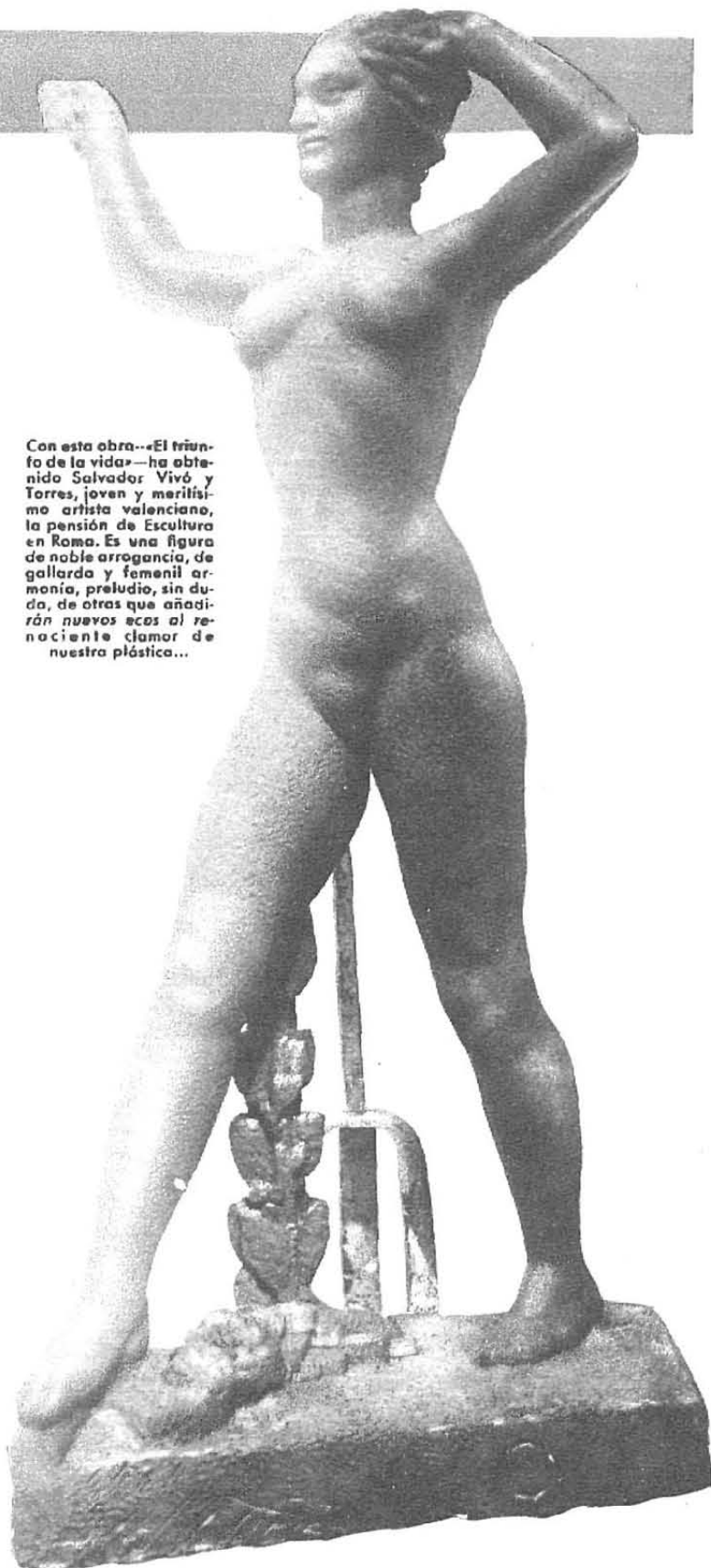
Siempre es ocasión de comentar la obra plural de Vila Arrufat, pintor de gentes y campiñas, xilógrafo de viñetas piadosas o naturalistas; pero, más que siempre, como pintor religioso.

Crea altares en las iglesias de San Felix y de Sabadell. No se limita a la tarea del imaginero o del pintor. Todo ha de sumar sus formas, tonos y matices para la cabal unidad armónica. Así ha de ser él mismo en las distintas obras de orfebre, grabador, tallista, arquitecto, para que luego resalte, sin daño, la condición primigenia: la pictórica.

Ahora, otra iglesia de Sabadell—San Vicente de Junqueras—acaba de estrenar el mejor altar de cuantos lleva realizado Vila Arrufat. (Y la afirmación no es en demérito de los anteriores).

Una gran pintura al fresco—*El Descendimiento*—se alza sobre la mesa de mármol blanco y en medio de una sabia disposición de elementos decorativos que le realzan y acentúan.

El sentido cristiano de la composición encontró en la pureza íntegra del procedimiento expresión adecuada. Una infinita grandeza, una serenidad grave y honda informa la obra.



Con esta obra—«El triunfo de la vida»—ha obtenido Salvador Vivó y Torres, joven y merilísimo artista valenciano, la pensión de Escultura en Roma. Es una figura de noble arrogancia, de gallarda y femenil armonía, preludio, sin duda, de otras que añadirán nuevos ecos al resonante clamor de nuestra plástica...